

Este, si persistía en ensanchar mas sus dominios; pero él, sin cuidarse de nada, marchaba de triunfo en triunfo; y aun cuando no pudo someter á Mosul en lucha abierta, porque cayó enfermo de gravedad durante el sitio de esta gran ciudad, la puso sin embargo en tal aprieto, que ella misma se sometió de buen grado á su autoridad. Desde este momento se extendió su dominacion por todos los territorios que habian obedecido á los mandatos de Zenki y de Nuredin, pero á los ojos de sus correligionarios estaba por lo mismo obligado á combatir á los cristianos con mas empeño y formalidad que antes.

Se hallaba dispuesto con mucho gusto á cumplir este deber, y los mismos cristianos con sus locuras y deslealtades le servian de poderoso auxilio; pues á pesar de que el rey Guido habia aceptado la tregua que el conde Raimundo habia estipulado para Jerusalem con el sultan dos años antes, Reinaldo, desde Krak, atacó en la primavera de 1187 á una rica caravana en la cual iba tambien una hermana de Saladino y la despojó completamente. El sultan exigió inmediatamente indemnizacion de daños y el castigo de Reinaldo; pero el rey no se atrevió á molestar al poderoso vasallo, y entonces juró Saladino tomar por sí mismo venganza, dando muerte con sus propias manos al príncipe Reinaldo, si llegaba á caer vivo en su poder. El llamamiento á la «guerra santa» fué proclamado en toda la Mesopotamia, Siria y Egipto. De todas partes llegaban ejércitos llenos de entusiasmo para luchar contra los cristianos, y Saladino al frente de las primeras tropas que se hallaron preparadas para la guerra, tomó posiciones al Sudeste del mar Muerto, con objeto de impedir á Reinaldo hacer ulteriores correrías. «El lobo (Reinaldo) se escondió en su fuerte castillo, tan pronto como rastro el olor del leon (Saladino).»

Habia llegado la hora decisiva para los cristianos: su causa no era aun desesperada, si los guiaba un espíritu recto; pues podian oponer á la poderosa fuerza del sultan un brillante ejército, que animado de la resolucion y á la vez de la inflexibilidad varonil de los primeros tiempos, hubiera estado en disposicion de aniquilar casi toda resistencia. No fué, pues, la falta de combatientes la que causó su perdicion, sino mas bien la pusilanimidad y la arrogancia, que en triste amalgama habian invadido sus filas.

Cuando llegó á Jerusalem la noticia de los aprestos hechos por los mahometanos, se hicieron vivas instancias cerca del rey Guido para que se reconciliara ante todo con el conde Raimundo. El rey se manifestó dispuesto á ello, y á fines de abril envió á Tiberiade una pomposa embajada, al frente de la cual se hallaban los grandes Maestres del Temple y del Hospital. Pero los enemigos habian tenido presente que el conde Raimundo, con quien estaban aun en alianza, podría serles de gran utilidad. Siete mil hombres de tropas escogidas, á las órdenes de Almelik Alafdhah, hijo de Saladino, se presentaron en seguida en el alto Jordan y obtuvieron el permiso de Raimundo para poder penetrar en el territorio cristiano. El conde se puso en grave apuro, porque, si bien conoció el peligro de que estaban amenazados sus correligionarios, no se atrevió, á pesar de esto, á romper con Saladino. Al fin cayó en la fatal resolucion de conceder á los mahometanos permiso para hacer una especie de reconocimiento del territorio cristiano á condicion de que el mismo dia en que hubiesen pasado el Jordan, volviesen á repararle. Almelik Alafdhah se contentó con esto, y precisamente estaba recorriendo con su division la comarca situada entre San Juan de Acre y Tiberiade, cuando llegaron á dicho punto los embajadores hierosolimitanos y supieron que estaban allí los mahometanos. En seguida, como el gran Maestre del Temple excitaba á la lucha, los embajadores convocaron á los caba-

lleros y tropas de los próximos castillos y ciudades, y el 1.º de mayo con 15 coraceros montados y 500 infantes cargaron sobre el enemigo, diez veces superior en número. Este insensato golpe de mano fracasó de un modo espantoso. Aunque la mayor parte de los caballeros pelearon con la heroica energía de antiguos tiempos, casi todos fueron muertos ó hechos prisioneros.

Solo el gran Maestre del Temple con tres caballeros de su orden escapó de la horrible matanza, profundamente desalentado. Almelik Alafdhah repasó despues el Jordan triunfante y cargado de botin.

La dolorosa pérdida que sufrieron los cristianos, tuvo por lo menos el buen resultado de que se hiciese en seguida la



Caballeros y arqueros. Facsimile del códice *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

reconciliacion entre Guido y Raimundo. El conde de Trípoli, profundamente conmovido por la desgracia ocurrida, en la cual, sin embargo, no estaba exento de toda complicidad, se puso otra vez de palabra y obra al lado de sus correligionarios. Por sus consejos se hicieron á toda prisa preparativos, echando mano al efecto de todos los recursos del reino, y se pidió auxilio á Boemundo de Antioquia, el cual envió en el acto á su hijo Raimundo con cincuenta caballeros, y de todos los pueblos, desde Trípoli hasta Krak, se reunieron tan importantes masas, como apenas se habian visto nunca juntas bajo la bandera de Jerusalem. En la Fuente Saffuria, donde se estableció el campamento, al Oeste de Tiberiade, á mitad del camino entre esta ciudad y la costa, se contaron, segun parece, además de algunos millares de arqueros ligeramente armados, nada menos que 2,000 caballos y 18,000 infantes, en su mayor parte armados con las mas ricas armaduras. Pero la idea de que estaba poseído este grande y poderoso ejército, prometía poco bueno. Unos deseaban una guerra furiosa, mientras que otros, llenos de sombríos presentimientos, deseaban evitar la lucha. Entonces se refirió que un águila habia pasado volando por encima del ejército cristiano dando el grito «ay, ay de Jerusalem», ó que una hechicera enviada por Saladino habia echado la maldicion al ejército en una noche oscura y le habia predestinado á la ruina. ¡Y qué ejemplo daba á los cruzados su jefe superior eclesiástico, el patriarca Heraclio, que ni siquiera llevó la Santa Cruz al campamento, sino que mandó con ella á dos de sus obispos, porque, segun decia, le era doloroso marchar al ejército y abandonar á su manceba! Despues corrió de boca en boca la profecía de que la Santa Cruz habia sido conquistada por un Heraclio, pero que se iba á perder tambien por otro Heraclio.

Entre tanto Saladino completó sus preparativos, y á principios de julio avanzó por el Este á Tiberiade. En su consejo de guerra hubo votos de gente meticulosa, que opinaron con insistencia por que se aplazase el ataque decisivo; pero el sultan estaba resuelto á jugar el todo por el todo. Todas sus fuerzas estaban reunidas; iban á ser dirigidas al único fin, que tenia siempre á la vista, y necesitaba aniquilar á los cristianos para no defraudar las esperanzas que sus correli-

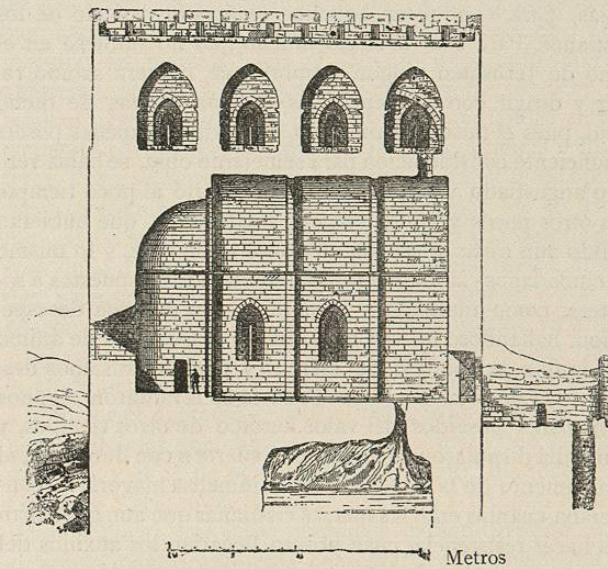
gionarios habian puesto en él, y obtener perdon para siempre de las violencias que habia empleado para arrojar del poder á la familia de Nuredin. El 3 de julio sitió de improvisó á Tiberiade y tomó por asalto la rica ciudad, á excepcion de la ciudadela. Guido, enterado de esto en el mismo dia, deseaba avanzar en seguida para dar la batalla. El gran Maestre del Temple y el príncipe Reinaldo le apoyaron en esta idea; pero el conde Raimundo, por el contrario, queria abandonar á Tiberiade á su suerte, porque el calor canicular era en aquellos momentos sofocante, y el terreno pedregoso y árido, entre Saffuria y Tiberiade, no se prestaba á la lucha. En sus objeciones habia alguna verdad; pero ¿no eran iguales para ambas partes las molestias de la estacion y las dificultades del terreno? Y ¿qué otro remedio quedaba, si entonces que se hallaban reunidos todos los caballeros del Norte y del Sur, no se atrevian á pelear? En tiempos de los padres ó abuelos de estos cruzados difícilmente se hubieran expuesto reparos tales como los que el conde Raimundo se atrevia á exponer; y en el año 1187, un hábil ataque todavia hubiera podido llevarles á una completa victoria, si se hubiese emprendido con el unánime entusiasmo de otros tiempos. Pero en esta ocasion causó un efecto sobremanera perjudicial, el que Guido, en su consejo de guerra, que celebró en la noche del 3 al 4 de julio, se dejase llevar de la opinion del conde Raimundo en el sentido de una expectacion pacífica, y despues, sin embargo, diese oídos al llamamiento guerrero del gran Maestre de los templarios, y ordenase de repente la marcha del ejército en la madrugada del dia siguiente. Despues de todo, los cristianos apenas podian habérselas ya con un enemigo como Saladino.

El sultan los aguardaba con gozosa impaciencia, y procuraba infundir valor á sus tropas con su propia actitud y con las predicaciones de sus sacerdotes. Junto á la aldea de Lubia, distante algunas horas al Oeste de Tiberiade, se encontraron los ejércitos, poco antes del medio dia del 4. Los brillantes escuadrones de la caballería cristiana, cuando cargaban sobre los musulmanes, se parecian «á montañas que se mueven ó á olas del mar embravecido.» Su choque, como casi siempre habia sucedido hasta entonces, causó el efecto de quebrantar al enemigo en los primeros momentos. Pero pronto se detuvo su marcha victoriosa, ya porque les faltara en esta ocasion la energía perseverante, ya porque las tropas de Saladino, despues de haber cedido al principio, renovaron animosas el combate, y le sostuvieron con extraordinaria tenacidad. En vano lucharon los cristianos hasta la tarde: no fueron derrotados, pero tampoco dieron un paso mas, y al fin se retiraron del combate profundamente extenuados. En esto vino á parar lo decisivo de la accion.

Entonces pudieron verse las circunstancias desfavorables en que el ejército cruzado habia ido á la batalla. Quizá hubiera sido aun posible cargar por segunda vez sobre los enemigos despues de un rato de descanso, romper sus líneas que tambien estaban muy quebrantadas y llegar felizmente á Tiberiade. Pero el conde Raimundo consideró una temeridad el reanudar la lucha, segun lo deseaban muchos caballeros, y propuso retirarse al Norte, y pernoctar en una altura no muy lejana junto á la aldea de Hattin, de donde toma esta batalla el nombre que ordinariamente se la da. Siguióse este fatal consejo. Saladino dejó marchar á los cristianos sin molestarlos; pero la fuerza moral y material de estos se perdió mas y mas con la idea humillante del mal éxito y con los sufrimientos que les causaban el calor, el polvo y la falta de agua. La gente de á pié estuvo ya á punto de disolverse y algunos cobardes de la orgullosa caballería huyeron al campamento enemigo en la oscuridad de la noche. Cuando Saladino se enteró por estos de la triste situacion de sus ene-

migos, mandó incendiar los arbustos y ramaje que habia al rededor de las alturas que ocupaban los cristianos, y por este medio los inquietó y atormentó toda la noche.

Al dia siguiente, 5 de julio, revistó el sultan las tropas preparadas para el último combate con el mayor cuidado, porque aun creia posible un ataque terrible de parte de los escuadrones de caballeros francos cubiertos de hierro. En efecto, el conde Raimundo y el príncipe de Antioquia lograron romper las líneas enemigas, y en union de una pequeña seccion de caballería consiguieron escapar de la derrota que les amenazaba (1). Pero el rey, el príncipe Reinaldo y todos



Seccion de una torre fortificada

los demás señores y caballeros no fueron tan felices. Verdades que castigaron con todo el impetu posible á las masas de los musulmanes; pero el mismo Saladino sostuvo frente á ellos la actitud de los suyos. Los orgullosos príncipes cruzados tuvieron que retroceder, y cuando los caballeros y los infantes observaron esto, se consideró perdido todo el ejército. Reuniéronse en aquella altura las tropas de á pié primero, y luego tambien los caballeros, aguardando el desenlace final con el mas profundo desaliento. Saladino mandó cercar la colina, atacarla y subir á ella: miles de hombres fueron muertos, millares hechos prisioneros, y en muy poco tiempo quedó destruido completamente el ejército cruzado.

Saladino mandó llevar en el mismo dia á su presencia á los mas ilustres prisioneros, al rey Guido, á su hermano Amalrico, al príncipe Reinaldo, al gran Maestre de los templarios y á otros. Dirigió al rey palabras de consuelo y dispuso le dieran una bebida refrigerante; pero llenó de improperios al príncipe Reinaldo por los actos de violencia que habia practicado, y por fin, acordándose de su juramento, le mató con su propia espada. Asimismo ordenó dar muerte á todos los miembros de las órdenes del Temple y del

(1) La actitud del conde Raimundo durante los últimos años del reino de Jerusalem ocasionó á la causa cristiana muchos y graves perjuicios; y cuando por algun tiempo fué uno de los aliados de Saladino, llegó á ser hasta traidor á los cristianos. A pesar de esto, despues que en la primavera de 1187 se reconcilió con Guido, difícilmente se le hubiera podido echar en cara la «traicion», sino mas bien y únicamente una actitud tímida y poco heroica. Es verdad que logró atravesar las líneas del ejército de Saladino en Hattin, pero esto se debió únicamente á que los enemigos dejaron escapar de muy buen grado á su antiguo aliado.

Véase Rohricht, Documentos para la Historia de las Cruzadas, I, 173, y Goergens-Rohricht, Documentos de origen árabe para la Historia de las Cruzadas, I, 58, 61 y siguientes.

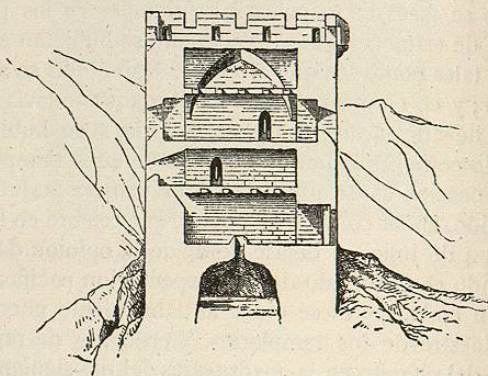
Hospital, que se hubieran apresado, porque los consideraba como asesinos (haschischim) cristianos, y hasta los prisioneros de clase inferior fueron pasados á cuchillo por orden suya. Así se consumó del modo mas horroroso la destrucción de las fuerzas del ejército cristiano.

Pero el gran vencedor sabia que aun no habia cumplido mas que la mitad de su mision. Los cruzados dificilmente podrian oponérsele ya en campo abierto; pero tal vez les fuera posible sostenerse aun por mucho tiempo dentro de las fuertes murallas de sus muchas ciudades y castillos. En consecuencia resolvió aprovecharse rápida y radicalmente del espanto que desde la batalla de Hattin precedia á sus armas, para conquistar aquellos lugares de refugio de los cristianos. Para esto le sirvió mucho que no hubiese en el reino de Jerusalem ningun hombre que hubiera sabido reunir y dirigir con prudencia las últimas fuerzas de dicho reino, pues el mismo Raimundo, que además apenas poseia la suficiente consideracion para semejante obra, se habia retirado angustiado á Trípoli, en donde murió al poco tiempo. Los otros pocos grandes señores y caballeros, que hubieran podido aun sacar la espada en honor de la cruz, y lo mismo los ciudadanos y labradores, estaban casi todos dispuestos á someterse como autómatas, presa de la mas absurda desesperacion, hallándose tal vez en la misma disposicion de ánimo que la que se apoderó del ejército y pueblo prusianos despues de la derrota de Jena. Todavía se levantaron algunos particulares poseidos del valor heroico de otros tiempos, y aquí y allá disputaron al sultan, con suerte ó con desgracia, el complemento de la victoria; pero la inmensa mayoría no consideraba cuántas eran las fuerzas cristianas que aun quedaban para hacer resistencia, cuán pronto llegarían los auxilios del Occidente, y cuán gloriosamente habian mostrado su firme confianza en Dios en la época de sus padres. En tales circunstancias le fué fácil al sultan conseguir brillantes triunfos. Por de pronto el 6 de julio, dia despues de la batalla de Hattin, tomó la ciudadela de Tiberiade; el 9 del mismo mes se presentó delante de Akkon (San Juan de Acre), y con miserable cobardía capituló esta populosa y riquísima ciudad comercial de los cristianos, en la cual habia almacenados inmensos valores en preciosas mercancías. Despues, el ejército musulman, en grupos aislados, «numerosos como las hormigas», se desparramó por todo el país desde la costa de Egipto hasta el territorio de Trípoli y en pocas semanas se rindieron Beirut, Sidon, Chaifa, Assuf, Cesárea, Jaffa y Ascalon, las ciudades del interior y los orgullosos castillos de la alta nobleza. El saqueo, el asesinato y toda clase de excesos cayeron sobre los vencidos, si bien Saladino personalmente se mostró suave á la sazón, y por regla general dejó en libertad á los habitantes de los pueblos subyugados para que se marchasen ó para que pagasen un impuesto de capitacion al nuevo soberano, segun la costumbre musulmana. Al capitular Ascalon el 4 de setiembre se verificó un eclipse de sol, como si el cielo quisiese mostrar tristeza por la desgracia de los cristianos.

Solo quedaban ya por someter dos fuertísimos baluartes del poder de la nobleza cristiana además de Tiro y Jerusalem. Tiro estuvo ya á punto de entregarse, pero en la hora crítica se presentó allí un intrépido príncipe occidental, el marqués Conrado de Monferrato, tan resuelto, que Saladino hubo de desistir de tomar aquella plaza por entonces. Despues de la toma de Ascalon no fijó el sultan su atencion sobre Tiro, sino sobre el supremo fin de su campaña, sobre Jerusalem. De buena gana hubiera querido tomar sin lucha la ciudad, que tambien era santa para los mahometanos, y con esta mira ofreció muy aceptables condiciones de capitulacion; pero como estas fueron rechazadas, tuvo necesidad de proceder á

un sitio formal. El 19 de setiembre reunió su ejército delante de los muros de la ciudad, y comenzó al dia siguiente el ataque, dirigiendo desde luego sus armas contra los lados del Oeste y Norte, pero pronto las concentró contra el último y precisamente por cerca del punto en que se habia dado el ataque principal en el año 1099.

En la ciudad se hallaban muy pocas tropas experimentadas, y, por el contrario, una excesiva multitud de gente, que de todas partes habia huido en tropel. La actitud de los defensores fluctuaba en brusco cambio entre la resistencia temeraria, y el cobarde abatimiento; pero por esto mismo se hacia casi imposible una prolongada resistencia. Despues que los sitiadores lograron practicar una brecha importante en el ángulo Nordeste de las murallas, los jefes de los hierosolimitanos se



Seccion de una torre de vigia

ofrecieron á entrar en negociaciones de paz. Saladino puso condiciones muy duras, hasta que el temor de excitar á los sitiados á una lucha desesperada, y de amenguar con esto el triunfo y el botin, le hizo volver á sentimientos mas benignos. Por último, se acordó que los habitantes pudiesen abandonar libremente la ciudad mediante un rescate, por virtud del cual debian pagar los hombres 10 escudos de oro cada uno, las mujeres 5, los niños de mas de siete años 2, y los que no llegasen á esta edad 1. Siete mil hombres de la clase pobre y el número de mujeres y niños correspondiente podria irse en libertad, previo el pago de la suma total de 30,000 escudos. El 2 de octubre de 1187 se abrieron las puertas, y las tropas de Saladino ocuparon la ciudad, mientras los cristianos empezaban á salir ó á preparar su salida. La soldadesca cometió horrendos actos de violencia; pero el sultan y los príncipes de su ejército procuraron mitigar con noble magnanimidad la suerte de los desgraciados fugitivos: á pesar de lo cual, pronto fueron estos maltratados y muertos en su mayor parte, y muy pocos volvieron á ver dias mas felices.

A la noticia de la toma de Jerusalem, muchos sabios mahometanos y varios peregrinos corrieron desde puntos muy lejanos á ver con sus propios ojos los lugares de la adoracion, y á recrear su vista con el triunfante espectáculo de las abatidas cruces cristianas que por todas partes se derribaban, de las campanas hechas pedazos, de las antiguas mezquitas de nuevo consagradas, fumigadas con perfumes y lavadas con aceite de rosas. Todo el islamismo se sintió reanimado y fortalecido por este gran triunfo, y desde entonces mostró mas energía para conservar lo que la que habia empleado para alcanzarlo. Saladino, segun cuenta su secretario, recibió en su tienda las felicitaciones de sus grandes «con mesurado continente, y en actitud llena de dignidad, con la alegría que brillaba en su semblante. Las puertas de su tienda permanecieron abiertas á todo el mundo, é hizo espléndidos regalos. Leyóse la carta del príncipe, que anunciaba el feliz acontecimiento; las trompetas lo divulgaron; todos derramaron

lágrimas de alegría, todos atribuyeron humildemente á Allah estos triunfos; todas las bocas celebraron las alabanzas del Señor.»

La conquista de Jerusalem señala el apogeo de los triunfos de Saladino. Verdad es que despues consiguió tambien varias victorias; pero nunca habia de volver á presenciar una no interrumpida serie de triunfos como los que se sucedieron desde la batalla de Hattin hasta su entrada en la Ciudad Santa.

En el mismo otoño de 1187 cayó sobre Tiro con todas sus fuerzas; pero allí se vió de cuánta resistencia eran capaces los cristianos teniendo una buena direccion, y cuán poco aptas eran las huestes mahometanas para las fatigas de un sitio prolongado. Ningun ataque, ni ninguna brecha quebrantó el ánimo del marqués Conrado; las tropas de Saladino comenzaron, por el contrario, á amotinarse, y el gran sultan, despues de tantos triunfos, tuvo que retirarse de la única ciudad que quedaba sin salir vencedor. Al año siguiente, se presentó delante de los pueblos del condado de Trípoli y del principado de Antioquia, y en parte se repitió allí el espectáculo que poco antes habia ofrecido el reino de Jerusalem. Algunos hechos heroicos de los cristianos dificultaron la marcha de los mahometanos; pero mas frecuentemente triunfaron éstos, por la superioridad de sus fuerzas ó por el desaliento de los cruzados, y cayeron en su poder muchas ciudades y castillos, cuya enumeracion permite conocer perfectamente lo fuerte que habia sido la posicion de los cristianos en el Oriente. Asimismo fueron tomados poco á poco los últimos castillos que habian conservado aun los caballeros de Jerusalem. Pero las plazas principales del Norte de Siria, Trípoli y Antioquia, igualmente que Tiro, no pudieron ser sometidas, y ya se acercaban abundantes auxilios del Occidente, especialmente una escuadra siciliana, cuyo almirante Margarit dijo sin rodeos al sultan, que dejase de perseguir á los francos, pues de otro modo caerian sobre él fuerzas tantas, con las cuales nunca se las podria haber.

Ya otra vez se atrevieron los cristianos á tomar la ofensiva desde sus últimas posesiones, y en estas circunstancias adquirió especial significacion el rey Guido. Saladino le habia prometido la libertad, si se sometia Ascalon, y en efecto le dejó libre despues de aquella sumision, si bien lo hizo previas largas vacilaciones. El rey quiso trasladarse en seguida á Tiro, pero fué duramente despedido por el marqués Conrado, el cual guardaba celosamente el puesto conquistado con sus propias fuerzas. Pero á la sazón, Guido reunió un pequeño ejército, y en el verano de 1189 se puso en marcha con el objeto de reconquistar á San Juan de Acre, ciudad con cuya cobarde entrega habia comenzado la descomposicion de todo el reino de Jerusalem. De este modo se iba preparando una nueva lucha, de cuyo éxito dependia aun la solucion del problema, de si los pueblos del Oriente ó los del Occidente habrian de conservar la dominacion sobre la costa de Siria.

CAPITULO VII

TERCERA CRUZADA (1)

EL OCCIDENTE DESPUES DE LA CAIDA DE JERUSALEN

El creciente peligro en que se hallaba el reino de Jerusalem durante los últimos años de su existencia, habia obligado

(1) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo IV y siguientes; Prutz, El emperador Federico I, tres tomos, Dantzig 1871-1874. Un concienzudo tratado de Riezler sobre la Cruzada del emperador Federico I, inserto en las «Investigaciones para la Historia de Alemania» 1870. Fischer, Historia de la Cruzada del emperador Federico I, Leipzig 1870.

al rey Amalrico, como queda dicho atrás, á pedir auxilios á los mas poderosos príncipes del Occidente por medio de una brillante embajada que envió cerca de ellos. Con idéntico objeto envió Balduino á Europa á los eclesiásticos de mas alta jerarquia del país, los cuales describieron con las mas conmovedoras palabras á todos los pueblos, el apurado trance en que se hallaba su patria. El recibimiento que se les hizo en Roma y en los palacios de los reyes, dió abundantes pruebas de que en todas partes existia aun el sentimiento ó idea de sacrificarse con gusto para el socorro de la Tierra Santa. Los parisienses acogieron á los embajadores «como á ángeles del cielo;» comenzaron las predicaciones de la cruzada, hicieron donaciones, y grandes preparativos para hacer la guerra á Saladino. Mas á pesar de esto no se pusieron en marcha hácia el Oriente importantes huestes guerreras, porque las fuerzas de las naciones occidentales estaban muy ocupadas en las continuas contiendas entre el emperador y el papa, y entre los reyes de Francia é Inglaterra. Por eso Europa tardó en llevar auxilios á sus oprimidos correligionarios de Asia, hasta que por fin las tristes noticias de la desastrosa batalla de Hattin y la descomposicion de la dominacion cristiana en Palestina fueron conocidas, y causando en todas partes el mas profundo dolor, suscitaron la mas terrible cólera contra el islamismo victorioso.

El papa Urbano III recibió el primero la funesta nueva el 18 de octubre de 1187, precisamente cuando se disponia á fulminar el anatema contra el emperador Federico I. La pena y el dolor quebrantaron á aquel hombre que ya estaba enfermo, y el 20 de octubre dejó de existir. Su sucesor fué Gregorio VIII, noble anciano, que dejó á un lado todas las miras políticas que hasta entonces habian dividido al imperio y al pontificado, para consagrarse exclusivamente á la causa de Jerusalem. «Por medio del espíritu conciliador de la Iglesia, decia, me propongo decidir á los señores sus protectores, el emperador y su hijo, á que emprendan la buena obra (la Cruzada).» A fines de octubre se remitieron de Roma entusiastas cartas circulares á los príncipes de Alemania y á todos los cristianos, en las cuales se les excitaba á prestar unánime concurso; se prescribían ayunos y rogativas públicas, y se prometían á los cruzados el arreglo de sus deudas y la remision de los pecados. Asimismo los sacerdotes recibieron el encargo de dar ejemplo á los cristianos despojándose de toda pompa exterior, y observando una severa conducta, de tal manera, que en el primer entusiasmo los cardenales hicieron voto de vivir solo de limosnas y recorrer á pié los países predicando la cruzada hasta que se reconquistase la Ciudad Santa; por sus diligencias se ordenó una paz general de siete años. El 17 de diciembre de 1187 murió de un modo inesperado el excelente Gregorio; pero su sucesor Clemente III trabajó con igual celo en pro de la guerra contra Saladino; y así se consiguió un levantamiento unánime de toda la cristiandad romana, completamente igual en importancia y extension á las grandes empresas de 1097 y de 1147, y bajo otros conceptos superior.

Los príncipes y las ciudades de Italia, que estaban en lucha entre sí ó con sus vecinos, se avinieron en general á vivir en paz, é hicieron con diligencia los aprestos para la expedicion militar á Siria. La primera escuadra que de dicho punto se presentó en Oriente, fué la ya mencionada, al mando del almirante Margarit. Poco tiempo despues salieron de los puertos de la Alta Italia varias flotillas, á bor-

Rohricht, «Los aprestos del Occidente para la tercera gran Cruzada» insertos en la Revista histórica de Sybel, tomo 34, 1875. Rohricht, «El sitio de San Juan de Acre» en las Investigaciones para la Historia de Alemania, 1876. De Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre sous le regne des princes de la maison de Lusignan, 3 tom. Paris 1861.